

Las «Semanas de Estella» y el medievalismo hispánico

Un ensayo de «egohistoria»*

Las sesiones de trabajo que acaban de inaugurarse, representan, en mi opinión, una convocatoria singularmente relevante por varios motivos. Hemos llegado a la vigesimoquinta Semana de Estudios Medievales de Estella y han transcurrido, por otro lado, treinta y cinco años justos desde su lejana primera edición de julio de 1963. Dos cifras, 25 y 35, de algún modo mágicas en el simbólico juego de los números, la medida del tiempo y sus afanes propia de nuestra civilización y las variadas expresiones de su memoria colectiva.

La doble efemérides incitaba a verificar un balance sistemático, reflexivo y presumiblemente muy fructífero sobre el medievalismo científico español durante la generación que se está acercando al tercer milenio de nuestra era. Así lo entendió el Comité científico y lo aceptó sin reservas la Dirección General de Cultura-Institución Príncipe de Viana del Gobierno de Navarra, entidad plena y directamente responsable de la organización de estas reuniones.

Coinciden además estas jornadas con la convocatoria anual de la Sociedad Española de Estudios Medievales que ayer celebró en este mismo recinto su reglamentaria asamblea general y cuyo presidente ha tenido la gentileza de seguir entre nosotros junto con una dignísima representación de la junta directiva.

Por todo ello cabe esperar que alcancen especial eco y amplia proyección científica la exposición y, sobre todo, la publicación de las ponencias que esta tarde empezará a desarrollar el selecto elenco de especialistas invitados, dignos de toda clase de reconocimientos por su valiosa colaboración.

Solamente por imperativos de la edad, un dilatado y profundo arraigo en esta Comunidad foral, también el cariño a una ciudad tan acogedora como Estella y, en particular, la condición de testigo privilegiado y modesto actor en la gestación de la primera de estas «Semanas», se me ha encargado el preámbulo ritual o presentación de estas jornadas de estudio, compromiso que sin ninguna duda hubiese solventado con mayor erudición y brillantez cualquiera de mis queridos compañeros del Comité científico.

* *La historia medieval en España. Un balance historiográfico (1968-1998)*, (25 Semana de Estudios Medievales. Estella. 1998), Pamplona, 1999, pp. 23-49.

Ante tan variada e impresionante concurrencia y por las limitaciones de tiempo y diversas razones personales no me ha parecido adecuado ajustarme a las pautas concretas definidas por Pierre Nora con el sugestivo e inquietante enunciado de «egohistoria»¹, difícil y gravosa confesión sobre la historia que nos fue haciendo y la historia que uno ha hecho o, más bien, deseó hacer². Con todo, el carácter testimonial y obligadamente subjetivo de los datos seleccionados y su valoración pueden justificar el subtítulo de esta intervención, un peculiar «ensayo de egohistoria». Tuvo la deferencia de sugerírmelo quien se confiesa con generosa e inapreciable lealtad uno de mis primeros discípulos y es hoy día uno de los *seniores* del ya bien nutrido «senado» de medievalistas españoles en la plenitud de su madurez académica y científica. Me refiero, claro está, al profesor Juan Carrasco Pérez, catedrático de Historia Medieval en la joven y pujante Universidad surgida por voluntad del pueblo y el Parlamento navarros y donde él y sus colaboradores merecen por sus investigaciones y abundante trabajo disponer ya de un ámbito propio, específico y compacto de docencia.

En mi larga trayectoria profesional, por lo demás poco o nada descollante, ha latido fuertemente un legado irrenunciable, el que tuve el inapreciable honor de recibir del profesor José María Lacarra hasta sus últimas miradas y palabras («muchas gracias») en un emocionado anochecer del cinco de agosto de 1987. Y he intentado primar siempre la voluntad de infundirlo en la historiografía sobre Navarra, con todas mis limitaciones aunque sin los rígidos mimetismos ni las miradas provincianas que él mismo rechazaba como el auténtico historiador sin barreras que siempre fue. He procurado así servir ante todo y con los mayores desvelos a cuantos me ha deparado la fortuna ofrecer alguna ayuda desde que hace ya cuatro décadas quedé prendado por la sociedad de esta entrañable encrucijada histórica, para mí igualmente acogedora en todas sus variadas muestras de expresión humana, cultural y popular. De ella he recibido mucho más de lo que modestamente haya podido aportar y de lo que desde un principio hubiese podido soñar. A estas alturas de una apasionada experiencia vital y académica, las sucesivas promociones de alumnos, todos diferentes y creo que igualmente respetados y amigos, constituyen mi único mérito, si alguno tengo, y en todo caso su crecimiento profesional y sus realizaciones son mi mejor corona, mi mayor satisfacción y orgullo personal. Y aquí incluyo, de forma lógicamente mucho más acusada y visceral, aquellos con quienes por sus preferencias he venido trabajando codo con codo en las materias de nuestro común interés y especialidad. En ellos mi maestro, nuestro gran maestro común, empezaba a entrever esperanzadamente hace ya más de un cuarto de siglo la germinación de una «escuela navarra» de medievalistas. Mas a este grupo, ahora ya crecido, de personas de muy variados talentos y edades sólo cuadraría la calidad de «escuela» entendida no como círculo ideológicamente monolítico y metodológica y conceptualmente estacionario, sino más bien lo contrario, es decir, radicalmente plural en todos los aspectos, abierto, dinámico, acrisolado en la mutua comprensión, la tolerancia, el trabajo bien acabado y la colaboración que generan lazos indelebles de compañerismo y auténtica amistad.

1. EL «MEDIEVALISMO HISPÁNICO». «GENERACIÓN DE 1968»

Entre tan distinguidos colegas y, sobre todo, para intentar ilustrar o estimular algo a los más jóvenes «semanistas», quienes están dispuestos a tomar o seguir los aventura-

¹ P. NORA, ed., *Essais d'ego-histoire*. Maurice Agulhon, Pierre Chaunu, Georges Duby, Raoul Girardet, Jacques Le Goff, Michelle Perrot, René Rémond, París, 1987.

² Cf. *ibid.*, p. 7.

dos senderos de la investigación histórica sobre aquel milenio que denominamos Edad Media, no me ha parecido adecuado entender el planteamiento «egohistórico» como «historia del propio historiador», su yo individual, anecdótico, inexorablemente fugaz y en el presente caso, el mío, insignificante. He preferido, pues, enmarcarlo en unas coordenadas de mayor alcance y duración y con unos horizontes mucho más abiertos, los de una tímida «egohistoria transgeneracional», en concreto una somera revisión personal, obligadamente subjetiva y deficiente, sobre los fundamentos y crecimiento del medievalismo científico en España hasta desembocar en la espléndida generación perfectamente encarnada por los ponentes de las sesiones que van a comenzar.

Me refiero a la generación que ahora está culminando, la de «1968», fecha todavía misteriosa y fascinante en la más reciente historia del mundo occidental, jalón evocador de un súbito y caliente reencuentro de los hombres más jóvenes consigo mismos, sus desasosiegos y angustia existencial, con vibrantes afanes de liberación e innovaciones frente una sociedad de evidentes anquilosamientos, incongruencias y contradicciones.

No soy ni mucho menos la persona más apta para esbozar siquiera aquel estallido de tonificadora «sensibilidad social». Algunos o bastantes de los ponentes que nos acompañan lo vivieron más desde dentro en sus primeros pasos como profesores o historiadores, y, como tales, ciudadanos comprometidos en la marcha hacia la libertad que por fin debía amanecer sin mayores tardanzas en España. Como en parecidas circunstancias de ilusiones, esperanzas y desbordamientos, la chispa prendió fulgurantemente en los medios universitarios y centros de reflexión, con reductos inalienables de esa libertad que, como aseveraba San Isidoro, nada ni nadie puede llegar a arrebatarnos mientras nos quede un aliento, porque «donde perece la libertad, fenece también todo lo demás»³.

En cuanto aquí interesa directamente, el marco académico español para el cultivo de los estudios medievales, baste reseñar que sólo poco antes, a finales de 1966, se habían dotado por fin las primeras cátedras integrales de «Historia medieval universal y de España», en las universidades de Granada y Salamanca. Y al año siguiente se convocaba la primera plaza del extinto Cuerpo de Profesores Agregados de Universidad, la de Madrid, y pronto, en 1968, las de Santiago y otras facultades. Y al tiempo que empezaron a proliferar nuevas universidades con secciones de Historia, se fueron cubriendo las antes escuálidas plantillas del profesorado estable de máximo rango con jóvenes y competentes doctores en historia medieval nacidos a partir de 1936, como José Luis Martín Rodríguez, Julio Valdeón Barunque, José Ángel García de Cortázar y Miguel Ángel Ladero Quesada, llamados, entre otros, a convertirse pronto en una cohorte de prometedores maestros que aportaban a la historiografía española una bocanada de brisas conceptuales, temáticas y metodológicas sumamente refrescantes. Siguió de cerca la creación del nuevo Cuerpo de Profesores Adjuntos de Universidad, los actuales Profesores Titulares, primero para rescatar a los anteriores y sufridos adjuntos, doctores de contrato modestísimo y transitorio, y enseguida para ir incorporando a la docencia profesional a la multitud de «Profesores no numerarios», los esforzados y desvalidos «penenes», improvisados multitudinariamente ante el vertiginoso aumento del alumnado en aquella mutación torrencial y esperanzada de la sociedad española.

Es una historia que conocen mejor que yo quienes la han ido protagonizando hasta hoy, cuando con la multiplicación del número de universidades son ya casi cuarenta las cátedras de historia medieval y las plazas de profesores titulares cubiertas suman

³ *Ubi libertas perit, una ibi perierunt et omnia*, Etim., 27.32.

el centenar y medio⁴. Se advierte, sin embargo, un nuevo y preocupante desfase generacional, pues en los últimos lustros se ha incrementado la cantidad de doctores que, con formación y experiencia bien acreditadas, llevan ya demasiado tiempo ocupando precariamente plazas docentes que requieren mayor grado de estabilidad y proyección profesionalmente. Parece como si la vida fuera de nuevo dejando muy atrás los lentos engranajes de la burocracia oficial.

La gran eclosión de los estudios universitarios de historia medieval durante los últimos treinta años se ha traducido asimismo en un espectacular incremento de los medios e instrumentos de trabajo, un flujo antes impensable de experiencias a escala mundial, un crecimiento abrumador de la producción bibliográfica y, en suma, un desarrollo vastísimo y pluriforme del medievalismo científico español. Sobre este gran salto adelante y sus inevitables servidumbres va a rendir cuenta seriamente hasta el próximo sábado un grupo muy selecto de quienes lo han promovido y conducen con autoridad justamente reconocida.

La floración de medievalistas de la actual universidad española, la «generación de 1968», aun supuestos el talento y la valía personales de cuantos la han ido alimentando, no surgió de forma espontánea ni solamente como efecto exclusivo de contagios exteriores, sin duda importantes. Por esto me van a permitir rememorar, siquiera muy brevemente, las dos o tres generaciones anteriores, desde las primicias del medievalismo científico en España que, sin perjuicio de ciertas manifestaciones anteriores o paralelas de erudición nada despreciable⁵, deben situarse hacia la segunda década del siglo que está concluyendo.

2. LA «GENERACIÓN DE LOS PIONEROS» O «DE 1919»

Hay que remontarse a los primeros pasos de la que cabría denominar «generación de los pioneros». Por asignarle también fecha simbólica concreta, podría considerarse, como se ha convenido para Cataluña, la «generación de 1917», o quizá mejor, «generación de 1919», año en que su figura más representativa, el prof. Claudio Sánchez Albornoz, tomó posesión de su cátedra de Historia antigua y medieval de España en la Universidad de Madrid⁶, entonces Universidad Central, la única capacitada y nada menos que hasta 1954 para ofrecer los estudios y el grado de doctor. Por esto fue aquella una generación centrípeta, muy poco numerosa y en cierto modo «elitista» como a veces se la ha considerado. Resultó, por otro lado, una generación truncada por el demencial huracán bélico de 1936, aunque don Claudio seguiría ejerciendo largo tiempo su magisterio, personalmente en su Instituto de Historia de España de Buenos Aires y,

⁴ En listado oficial de 18-9-1997, 35 catedráticos, 145 titulares y 3 catedráticos de escuela universitaria en servicio activo.

⁵ Aparte de la entonces novedosa historia española de Rafael ALTAMIRA CREVEA (Alicante, 1866-Méjico, 1951), editada a principios del presente siglo (*Historia de España y de la civilización española*, Madrid, 1901-1906, 3 vol.), aparecieron luego obras que iban a prestar durante bastante tiempo valiosos servicios por su riqueza de información. Cabe citar ante todo la *Historia de España y su influencia en la historia universal* (Barcelona, 1922-1941, 12 vol.) de Antonio BALLESTEROS BERETTA (Roma, 1880-Pamplona, 1949), así como el *Tratado de Historia de España* (Madrid, 3 vol.), meticulosa y ordenada compilación de datos, por Pedro AGUADO BLEYE (Valladolid, 1884-1953), catedrático de Instituto. Cultivaron temas de historia medieval la esposa y uno de los discípulos, respectivamente, de A. Ballesteros: Mercedes Gaibrois Riaño (París 1891-Madrid 1960) y Juan Uría Rúa (1891-1979), éste catedrático de «Historia general de España» desde la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Oviedo (1940). Deben, por otro lado, recordarse aquí los profusos saberes de Manuel Gómez-Moreno Martínez (Granada, 1870-Madrid, 1970) y sus sugestivas enseñanzas en la Universidad Central.

⁶ En las demás universidades sólo existían cátedras de Historia de España sin mayores especificaciones.

a distancia, mediante sus sobreabundantes publicaciones y pronunciamientos críticos y una asidua correspondencia epistolar con sus antiguos discípulos.

Había sucedido C. Sánchez Albornoz en su cátedra madrileña al entonces recién fallecido Eduardo Hinojosa Naveros, a quien debe reconocerse como «precursor» de aquella primera generación⁷. Sus estancias en Alemania le habían ayudado sin duda para adquirir la depurada técnica de investigación aplicada a los estudios históricos que iba a orientar sus enseñanzas. Doctor en Derecho y en Letras, sus discípulos serían tanto medievalistas como, separada o indistintamente, historiadores de las instituciones jurídicas y sociales. Y algunos, como el propio C. Sánchez Albornoz y el barcelonés Fernando Valls Taberner, ingresarían como él en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, a modo de preparación especializada para optar a la cátedra universitaria. Dispensó su magisterio principalmente en sus cursos de doctorado y, en particular, sus seminarios de la planta baja de la Biblioteca Nacional, en el incipiente Centro de Estudios Históricos, instituido por la Junta para Ampliación de Estudios⁸ y dirigido muy pronto (1910) por la poliédrica, gigantesca e irreplicable personalidad científica de Ramón Menéndez Pidal⁹.

Como otros jóvenes profesores vinculados a dicha junta, propulsora, es bien sabido, de la libertad y la independencia ideológica en la búsqueda y difusión de los saberes científicos, los discípulos de E. Hinojosa iban a intentar con empeño remover las inercias de una enseñanza universitaria de cuño decimonónico, burocrática, de empaque retórico y contenidos librescos. Trataron para ello de acoplarla estrechamente a tareas investigadoras que con rigor metodológico y riqueza temática pudieran llegar a paliar las considerables rémoras de la erudición histórica española.

No voy a subrayar aquí, porque todos los presentes la conocen muy bien, la función señera y capital que en esta línea iban a desempeñar para la historia medieval española la figura y la caudalosa obra del abulense Claudio Sánchez Albornoz¹⁰. Creo, en cambio, que merece ser recordado también, siquiera como arquetipo algo orillado por las circunstancias, su compañero José María Ramos Loscertales¹¹, tan distinto de don Claudio, aunque ligados ambos por los lazos de una entrañable amistad, forjada al calor de su común relación con E. Hinojosa. De recio abolengo aragonés, ocupó desde

⁷ E. Hinojosa Naveros (Alhama de Granada 1852-Madrid, 1919), doctor en Derecho y Letras, ingresó en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos en 1875, fue becado por el Ministerio de Fomento para dos estancias en Alemania (1878 y 1882) y ejerció como catedrático de Historia antigua y media de España de la Universidad de Madrid desde 1902 hasta su fallecimiento.

⁸ Fundada en 1907.

⁹ La Coruña, 1869-Madrid, 1968. Diecisiete años menor que E. Hinojosa. Vinculado a la misma corriente ideológica y casi coetáneo suyo fue el citado Rafael Altamira Crevea, catedrático de Historia del Derecho de las universidades de Oviedo (1897) y Madrid (1914) y luego jurista vinculado largo tiempo al Tribunal Internacional de La Haya (1920-1945).

¹⁰ Ávila, 1893-Buenos Aires, 1984. Sucesor de Eduardo Hinojosa en la cátedra de Historia antigua y medieval de España de la Universidad Central (1919). El año anterior había ganado la cátedra de Historia de España de la Universidad de Barcelona. Previamente, en 1914, había ingresado en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos.

¹¹ Logroño, 1890-Salamanca, 1956. Discípulo en Zaragoza de M. Serrano y Sanz y A. Giménez Soler, a quienes siempre agradeció el «gusto erudito por la limpia recolección y ordenación de los hechos» y un «sentido intuitivo de la historia», respectivamente. Se incorporó en 1912 al Centro de Estudios Históricos en la sección dirigida por E. Hinojosa, junto al que asimiló un «método renovado de la técnica de investigación aplicado a la historia jurídica». Cf. L. GARCÍA DE VALDEAVELLANO, *Anuario de Historia del Derecho Español*, 26, 1956, pp. 895-901, y C. SÁNCHEZ ALBORNOZ, *Cuadernos de Historia de España*, 25-26, 1957, pp. 377-380.

1920 hasta el final de sus días la cátedra de Historia de España de la Universidad de Salamanca, donde llegó a ser rector (1930)¹², como su amigo Miguel de Unamuno. Recordó siempre con noble gratitud a sus maestros, en particular E. Hinojosa, y los sintió muy «dentro de sí mismo», «cada día mucho más» y, «aunque muertos físicamente», según escribió, «los continuaba viviendo». Tan «fino y penetrante en el estudio de las fuentes» como abierto a la comprensión de lo acontecido, su obra escrita, relativamente escasa, denota un perfeccionismo que atormentaba sin cesar su mente, siempre insatisfecho en su esfuerzo por resucitar «un pasado en el pasado mismo», sin «convencionalismos de escuela». Se ha destacado su «singular perspicacia para adentrarse en la intimidad de los hechos», «la noticia documental» inmersa en «el espíritu de la época», dentro de una historia concebida como «vida honda e íntima de cada una de las almas humanas y de todas ellas, lo único que vive y se extiende más acá del nacer y más allá del morir». Como atestiguó C. Sánchez Albornoz, que tanto lo conocía, «jamás intervino en política», acaso por respeto a todos sus alumnos, pero «fue siempre un hombre liberal». «Escrupuloso como pocos en sus deberes docentes», «no gustaba publicar por publicar», pero sus estudios constituyen «pequeñas obras maestras», valiosas «como muchos volúmenes». E iban a dejar notable rastro en las conquistas historiográficas de la siguiente generación, la de José María Lacarra y Luis García de Valdeavellano¹³.

Conviene tener en cuenta asimismo los avances que paralelamente se estaban produciendo en el ámbito catalán por obra de hombres coetáneos de C. Sánchez Albornoz, los de la citada «generación barcelonesa de 1917» vinculados al Institut d'Estudis Catalans. Cabe señalar siquiera al ya citado F. Valls Taberner¹⁴, pensionado en París por la Junta de Ampliación de Estudios (1910), tempranamente relacionado con los centros de investigación alemanes, catedrático fugaz de Historia de España en la Universidad de Murcia (1922) y luego director del Archivo de la Corona de Aragón¹⁵. Relieve singular iban a alcanzar, como modelos de investigación histórica, las obras de Ramón d'Abadal i Vinyals¹⁶, discípulo también de doctorado del prof. E. Hinojosa (1911) y adiestrado igualmente en París. Aunque no ejerció la docencia universitaria, por sus estudios, larga y exquisitamente preparados y de una lucidez excepcional, fue reconocido en su madurez como uno de los más egregios medievalistas españoles de su tiempo y, en mi opinión, de todo nuestro siglo.

No debe olvidarse la contribución al desarrollo de las disciplinas instrumentales de la historia medieval por parte de Agustín Millares Carlo¹⁷, catedrático de paleografía de la Universidad Central, y el jesuita Zacarías García Villada¹⁸, relacionados ambos de una u otra forma con el Centro de Estudios Históricos. Seguía, por lo demás, parale-

¹² Durante tres lustros regiría luego como decano la Facultad de Filosofía y Letras.

¹³ L. García de Valdeavellano lo rememoraba como «uno de esos hombres que pasan por la vida calladamente... reclusos en su mundo interior, pero vibrantes siempre a[nte] las nobles sollicitaciones de la ciencia y la amistad». Quien quería verle lo encontraba en Salamanca como «conversador de singular atractivo, interesado por todo, la mente abierta a múltiples curiosidades, suavemente irónico, pero profundamente comprensivo y humano, la mirada encendida con [gran] lucidez intelectual».

¹⁴ Barcelona, 1891-1942.

¹⁵ De 1929 a 1936. Le sorprendió la muerte cuando acababa de reingresar como catedrático, ahora de Historia universal, en la Universidad de Barcelona. Cf. una sucinta pero detallada semblanza, Angelica GUCKES, prólogo a la recopilación de *Estudis d'Història del Dret Internacional*, Barcelona, 1992, pp. 1-12.

¹⁶ Vic, 1888-1970. Cf. F. VILANOVA y VILA-ABADAL, *Ramón d'Abadal: entre la història i la política (1888-1970)*, Lleida, 1996 [1997], 668 p.

¹⁷ Las Palmas, 1893-1980.

¹⁸ Palencia, 1879-1936, Vicalvaro (Madrid).

lamente en aquellas décadas el progreso de los estudios sobre el Islam hispano con su propia y temprana saga de longevos maestros de arabistas, todos ellos catedráticos sucesivamente de la Universidad Central¹⁹.

C. Sánchez Albornoz, J. M. Ramos Loscertales y algunos otros discípulos de E. Hinojosa fundaron en 1924 el *Anuario de Historia del Derecho Español*²⁰, principal escaparate periódico de los anhelados progresos de la historiografía española y, en particular, de los estudios medievales e histórico-jurídicos; y, asimismo, observatorio muy atento a las corrientes y novedades de la historiografía europea. En el *Anuario* iban a hacerse notar pronto las firmas de los discípulos de la cátedra madrileña de C. Sánchez Albornoz y de los que, como ellos, se sintieron atraídos por los seminarios del Centro de Estudios Históricos.

Justo cuando en el curso 1927-1928 concluía su licenciatura una excepcional promoción de estudiantes de Historia, adquirieron renovado brío las actividades de la sección de «Instituciones» de dicho Centro. Y en aquel vivero de medievalistas, animado por la lucidez y fogosidad de don Claudio, se anudaron lazos indelebles de magisterio y amistad²¹. Algunos de ellos, como José María Lacarra²² y Luis Vázquez de Parga²³, siguieron el ejemplo de su maestro e ingresaron enseguida por oposición en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos²⁴. Su destino profesional en Madrid les permitiría completar sin demoras el doctorado y, sobre todo, integrarse en el nuevo Instituto de Estudios Medievales, surgido con todas las bendiciones oficiales en el seno del Centro de Estudios Históricos y dirigido personalmente por don Claudio Sánchez Albornoz. El propio decreto de creación, del 14 de enero de 1932, justificaba y describía el gran programa que, conforme al modelo alemán, más que centenario, pretendía salvar el retraso del medievalismo hispánico asentando primero firmemente los cimientos eruditos que requiere la labor de arquitectura intelectual que conforma toda investigación científica.

La preparación de unos *Monumenta Hispaniae Historica*, edición crítica de los testimonios escritos de la España medieval, se organizó en secciones²⁵ y los jóvenes investigadores, medievalistas e historiadores del Derecho, adscritos a uno u otro de esos campos, emprendieron sin demoras el sistemático y meticuloso acarreo de materiales y anticiparon pronto la edición y hasta estudios previos sobre algunos de los textos reu-

¹⁹ El oscense Francisco Codera Zaidín (1836-1917), el alicantino Julián Ribera Tarragó (1858-1934), el zaragozano Miguel Asín Palacios (1871-1944) y el madrileño Emilio García Gómez (1905-1997). Junto a ellos debe recordarse al gerundense José María Millás Vallicrosa (1897-1970).

²⁰ Su primer director fue Laureano Díez Canseco (m. 1929).

²¹ «Alrededor de una mesa de pino sin pintar, en un pequeño cuarto de la sede del Centro —un chalé de la calle de Almagro— se analizaban y discutían con avidez los textos de primera mano espigados durante la semana, para ahondar en los orígenes y condición social noble de los infanzones entre los siglos X y XIII. En el verano siguiente, el maestro llevó consigo a algunos de los jóvenes licenciados por tierras leonesas, galaicas y asturianas. Al tiempo que revivían sobre el propio terreno episodios señeros de la primera reconquista, incluida una travesía del macizo de los Picos de Europa, fueron explorando los archivos catedralicios y monásticos de aquellas regiones. Cf. Á. J. MARTÍN DUQUE, «El Dr. Luis Vázquez de Parga, egregio historiador de las peregrinaciones y el Camino de Santiago», *Congreso internacional. Cluny y el Camino de Santiago en España en los siglos XI-XII*. Sahagún (León), 27-29 de mayo de 1993. Homenaje al Prof. D. Luis Vázquez de Parga. Laudatio» (en prensa).

²² Estella, Navarra, 1907-Zaragoza, 1987.

²³ Madrid, 1908-1994.

²⁴ En julio de 1930

²⁵ *Scriptores*, para los textos narrativos, dirigida por el bibliógrafo Benito Sánchez Alonso (n. 1884); *Diplomata et chartae*, para las piezas documentales, dirigida por el propio C. Sánchez Albornoz; y *Leges et consuetudines*, para los instrumentos jurídicos, dirigida por Galo Sánchez Sánchez (Medina de Rioseco, 1892-1969), catedrático de Historia del Derecho de las universidades de Murcia, Oviedo, Barcelona (1921) y Madrid (1931) sucesivamente.

nidos, que iban a seguir ofreciendo de tanto en tanto una vez amainado el peor de los conflictos armados. Quedaron con éste dispersos en 1936 los equipos de trabajo y agostados en flor tan ambiciosos y entusiastas proyectos.

Baste tener presente, por ejemplo, que el directorio previo y actualizado para la recopilación metódica de los instrumentos jurídicos locales, es decir, el catálogo de fueros municipales y cartas pueblas de la Real Academia de la Historia o, mejor, de Tomás Muñoz y Romero, de 1852, sólo se ha visto felizmente concluido y editado hace menos de dos lustros gracias a los desvelos y lealtad de una de las ponentes que tanto nos honran con su participación en la presente «Semana»²⁶. También quedó hibernada entonces, apenas iniciada, la gran síntesis de la *Historia de España* para la que, bajo la dirección de R. Menéndez Pidal, se contaba ya hacia 1930 tanto con C. Sánchez Albornoz como con los medievalistas de su generación, por ejemplo F. Valls Taberner²⁷.

3. LA «GENERACIÓN SUPERVIVIENTE» O «DE 1940»

Mitigada la tragedia, que no zanjada, y exiliados Claudio Sánchez Albornoz y algunos de los que con él habían impulsado con tanto fervor como maestría el crecimiento científico de la historia medieval hispana, tocó a los escasos jóvenes investigadores supervivientes del apenas nacido Instituto de Estudios Medievales recobrar en todo lo posible el ritmo y los alientos tan cruelmente yugulados. Contaban todos ellos, poco más o menos, unos treinta años de edad y cabría enmarcarlos en la «generación superviviente» de nuevos maestros, o bien «generación de 1940», por el año en el que obtuvo su cátedra zaragozana tan justa como sorprendentemente el prof. J. M. Lacarra. Cabe incluir en ella a quienes ocuparon también cátedras universitarias en los cuatro o cinco años siguientes.

Cada vez que intento trasladarme con la mente a aquella coyuntura y repaso las publicaciones de la siguiente década, no dejo de preguntarme cómo tan pocos y con tan pobres medios materiales consiguieron ofrecer tantos y tan acabados estudios en el campo científico que aquí nos atañe, trabajos en bastantes casos modélicos, que ponen de manifiesto las aptitudes personales, los saberes muy bien asimilados y, en especial, el temple vital y la enorme capacidad de sacrificio de sus autores, crecidos en medio de las dificultades y estimulados por su discreto anclaje epistolar con el gran maestro ausente. Permítanme citar la monumental monografía sobre *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, como paradigma del triunfo de la voluntad y la esperanza sobre las servidumbres científicas de un ambiente de crudas estrecheces materiales e intelectuales²⁸. Aunque no se animó a dispensar su inmensa sabiduría desde una cátedra univer-

²⁶ A. M^a BARRERO GARCÍA y M^a Luz ALONSO MARTÍN, *Textos de derecho local español en la Edad Media. Catálogo de fueros y costums municipales*, Madrid, 1989. Prólogo de A. García Gallo.

²⁷ Cf. F. VALLS TABERNER, *La Marca Hispánica*, Barcelona, 1987. Prólogo de M. Peláez.

²⁸ Madrid, 1948-1949, 3 vol. Reimpresiones, Oviedo, 1981, y Pamplona, 1992, ésta última con un amplio apéndice bibliográfico (1949-1992) preparado por F. Miranda García. A partir de sus experiencias de 1932 como caminantes, entonces insólitos, desde Valcarlos hasta la ciudad del Apóstol, Luis Vázquez de Parga y José María Lacarra decidieron presentar un estudio sobre el tema para el concurso anunciado al efecto por el Instituto de España en 1943, y lo hicieron alentados por el prócer y erudito asturiano don Juan Uría Rúa, que sustituyó como colaborador de la obra al tercero de los aventureros de aquella peregrinación a pie, don José María Giner. A pesar del resultado negativo en tal concurso, no tardaron en ver justamente galardonado su admirable esfuerzo. Como al profesor J. M. Lacarra le gustaba aclarar, fue L. Vázquez de Parga quien había trazado el plan de trabajo; se encargó también de redactar las partes de mayor empaque, como la historia de la peregrinación a través de los siglos, la tipología del peregrino, los textos históricos y legendarios referentes a Santiago, los itinerarios y relatos de viajeros, las cofradías jacobitas y las derivaciones literarias, iconográficas y artísticas de la peregrinación. Son aportaciones que continúan sustancialmente vigentes y denotan, por ejemplo, un asombroso conocimiento de la bibliografía internacional sobre tales temas, con obras de muy difícil consulta en aquellos años.

sitaria, fuimos bastantes los deudores no solo del caudal de informaciones precisas, rigor científico y profundidad de los estudios de L. Vázquez de Parga²⁹, sino también de sus clarividentes juicios y experiencias³⁰.

La cátedra de C. Sánchez Albornoz, centrada ya en la *Historia medieval de España*, fue ocupada hasta 1948 por el cordobés Antonio de la Torre y del Cerro³¹, veterano catedrático de Historia de España³², a quien sucedió hasta 1965 Justo Pérez Santiago³³. Fueron ambos figuras cordiales y beneméritas por diversos conceptos, pero formados en afueras bastante distantes de la corriente hinojosiana, en la que podría situarse en cambio a Ángel Ferrari Núñez³⁴, titular desde 1940 de la cátedra madrileña de Historia medieval universal. En las otras once facultades de Filosofía y Letras de provincias, las mismas todavía durante casi otro cuarto de siglo, subsistieron las cátedras de Historia de España³⁵, atendida alguna por medievalistas a los que, como el citado J. M. Ramos Loscertales, el pundonor profesional impedía centrar plenamente su docencia en la época preferida. Una cátedra de este tipo ocupó en Sevilla desde 1944 y luego incluso en Madrid (1960) el infatigable y prolífico investigador Julio González González³⁶, quien en 1935 había ingresado en el Cuerpo Facultativo de Archiveros. Donde había o se fueron implantando secciones de Historia las titulaciones de cátedra, aunque no ya tan generales, seguían siendo irracionalmente polivalentes: Prehistoria e Historia de España en las edades antigua y media e Historia general de España antigua y media, o bien Prehistoria e Historia universal de las edades antigua y media e Historia general de la cultura antigua y media. Ello no impidió, sin embargo, a José María Lacarra implantar tenazmente desde su llegada a Zaragoza un foco de investigaciones ajustado a las pautas metodológicas y los proyectos que había cultivado junto a C. Sánchez Albornoz.

Contribuyó a este y otros empeños semejantes la instauración del Consejo Superior de Investigaciones Científicas que, con todo su ropaje triunfalista y otras adherencias, en todo caso coyunturales, trató de recoger el legado sustancial de la Junta de Ampliación de Estudios y, en el presente caso, del Centro de Estudios Históricos. E incluso lo extendió a centros universitarios de provincias, como Zaragoza, Valencia o Barcelona, y asoció a determinadas cátedras sus becas, contratos de colaboración y otras ayudas económicas, cuyas escasas cuantías, bien administradas, permitieron potenciar los estudios y publicaciones sobre historia medieval.

Encuadrado en el Instituto Jerónimo Zurita y su Escuela de Estudios Medievales se formó así enseguida, por ejemplo, el Centro de Estudios Medievales de Aragón, semillero de jóvenes medievalistas. A esta precoz iniciativa añadió José María Lacarra también diligentemente la edición de los prestigiosos y hoy fenecidos *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*³⁷. Y salvando diferentes obstáculos organizó igualmente

²⁹ Estudios administrados con una exquisitez que me recuerda la de J. M. Ramos Loscertales.

³⁰ Quienes tuvimos la fortuna de tratarle en sus reductos del Museo Arqueológico Nacional y luego la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, pudimos captar directamente no sólo su sabiduría, sino también sus orientaciones humanas, ciertamente escuetas y contenidas, pero siempre certeras y profundas.

³¹ 1878-1966.

³² De Valencia desde 1911 y de Barcelona desde 1918 por permuta precisamente con C. Sánchez Albornoz. Cf. M. PELÁEZ, *Epistolario germánico de Ferran Valls i Taberner*, Barcelona, 1997, p. 57, nota 144.

³³ El benedictino fray Justo Pérez de Urbel (1895-1979).

³⁴ 1906-1986.

³⁵ O bien Historia Universal o Historia General de la Cultura.

³⁶ 1908-1991.

³⁷ Diez gruesos volúmenes, 1945-1975.

esporádicos pero fructíferos coloquios entre especialistas españoles, como el que trató de poner al día las cuestiones relativas a la reconquista y las repoblaciones peninsulares³⁸. Muy atento al pulso de las corrientes historiográficas extrapeninsulares, entabló cuanto era entonces posible asiduas vías de relación con los colegas franceses y de otros países, y analizó y aprovechó críticamente los innovadores rumbos de la investigación que pudo detectar personalmente en el resonante Congreso Internacional de Ciencias Históricas de París en 1950.

No podía menos que encontrar así puntos básicos de coincidencia con otro excepcional maestro de aquella generación, de talante personal por lo demás muy distinto. Me refiero al inolvidable Jaime Vicens Vives³⁹, tan tempranamente desaparecido. Acreditado por sus primeras y valiosas obras de investigación tardomedieval, centró pronto sus tareas docentes y publicaciones en los siglos posteriores e impulsó infatigablemente valiosas iniciativas editoriales⁴⁰. Sin embargo, por su visión globalizadora y luminosa de la historia hispánica, siguió alentando con entusiasmo la formación también de jóvenes medievalistas y procuró abrirles cauces profesionales.

Aunque titulares de cátedras de Historia del Derecho Español, habían completado su formación en torno a C. Sánchez Albornoz y el Instituto de Estudios Medievales figuras que contribuyeron de forma descollante a enriquecer el bagaje de aquella generación «superviviente» de 1940. Es obligado, pues, destacar, cuanto merecen, a Luis García de Valdeavellano⁴¹ y Alfonso García Gallo⁴², primero en Barcelona y Valencia, respectivamente, y luego en Madrid. A sus muy notables producciones y alto magisterio en la reconstrucción de sectores vertebrales de las sociedades medievales hispanas se añadieron pronto las de José María Font Rius⁴³ y José Orlandis Rovira⁴⁴, felizmente vivos y muy lúcidos todavía.

4. ¿UNA GENERACIÓN «SOLAPADA» O «DILUIDA»?

Durante más de una década desde 1944 y por falta de convocatorias no hubo oportunidad de aspirar a una cátedra universitaria de contenido histórico-medieval⁴⁵. Y en casi un cuarto de siglo, entre la «generación de 1940» y la de «1968», sólo se proveyeron seis cátedras que incluían parcialmente la Edad Media, con enunciados todavía arcaicos y complejos deberes docentes. Hubo, por fin, en 1955 dos convocatorias de cátedra: primero, la de Prehistoria e Historia antigua y medieval universal e Historia general de la cultura antigua y media de Valladolid, ganada por Luis Suárez Fernández⁴⁶; y a finales de año la de Prehistoria e Historia antigua y medieval de España e Historia general de España antigua y media de Santiago, ocupada por Anto-

³⁸ Actas editadas en Zaragoza, 1951.

³⁹ Gerona, 1910-Lyon, 1960. Catedrático de la Universidad de Zaragoza en 1947 y poco después de la de Barcelona.

⁴⁰ Entre las publicaciones periódicas que puso en marcha, debe quedar constancia aquí del *Índice Histórico Español*, que desde 1953 prestó servicios inapreciables a los medievalistas y demás historiadores.

⁴¹ 1904-1985. Catedrático desde 1933.

⁴² 1911-1992. Catedrático desde 1935.

⁴³ N. 1915. Catedrático desde 1944.

⁴⁴ N. 1918. Catedrático desde 1942 y, como antes A. García Gallo, a la hoy impensable edad de 24 años.

⁴⁵ Casi el mismo paréntesis (1944-1954) se produjo también para el ingreso en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos.

⁴⁶ N. 1924.

nio Ubieto Arteta⁴⁷, trasladado pronto a Valencia (1959) con titulación que descartaba al menos la prehistoria⁴⁸.

Dotada en Barcelona una cátedra de Historia medieval de España, ésta fue adjudicada en 1958 a Emilio Sáez Sánchez⁴⁹, quien poco antes (1955) había ocupado en Madrid una de las dos primeras plazas estables de medievalistas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas⁵⁰. Vacante enseguida por excedencia de su primer ocupante de 1960, Federico Udina Martorell⁵¹, la cátedra vallisoletana de Prehistoria e Historia antigua y media de España no se proveyó de nuevo hasta 1965 junto con la de Santiago. Salvador de Moxó y Ortiz de Villajos⁵² se trasladó pronto de Valladolid a Madrid. Y Ángel Martín Duque⁵³ tomó posesión en Santiago, pero pasó enseguida a desempeñar sus funciones como catedrático de Historia medieval en la naciente y peculiar Universidad de Navarra, cuya plantilla de profesores ordinarios tendía a cubrirse entonces por miembros del Cuerpo de Catedráticos de Universidad en número equivalente por lo menos al de los centros estatales de dimensiones semejantes⁵⁴. El año anterior (1964) Eloy Benito Ruano⁵⁵ había ocupado la cátedra de Historia General de España de la Universidad de Oviedo.

Todos estos titulares de cátedra de la década 1955-1965, siete en total, iban a dedicarse enseguida a cultivar la formación de jóvenes medievalistas, facilitada por la extensión de los estudios y el grado de doctorado a todas las universidades. Correspondían a una generación bastante heterogénea de edades. Habían cumplido en 1939 uno 25 años (F. Udina), otro 22 (E. Sáez), dos 18 (S. de Moxó y E. Benito Ruano), uno 16 (A. Ubieto), otro 15 (L. Suárez Fernández) y otro 13 (Á. Martín Duque). Cabe añadir a ellos otro que en dicho año cumplió 10 años (M. Riu Riu), ganador en 1966 de una de las dos primeras verdaderas cátedras de Historia medieval sin mayores aditivos⁵⁶. Todos ellos vivieron, pues, con plena conciencia el estallido de 1936. Desde perspectivas lógicamente muy distintas por la edad y otras circunstancias personales, algunos tuvieron que intervenir activamente de un modo u otro en los dramáticos sucesos, otros los observaron con la atónita pero curiosa y penetrante mirada de la infancia o la adolescencia. Todos, pues, quedaron atrapados, en un bando u otro o bien sucesivamente en ambos, por el torbellino de las siniestras crispaciones preliminares, el brutal desgarramiento cainita y la retórica «victoria», derrota de todos, con amargas convalecencias y cicatrices interiores prolongadas además por los inmediatos años de enloquecimiento mundial y penurias españolas. Benefició sin duda algo a los más jóvenes la rica carga humanística del bachillerato de 1938. De los siete o, mejor, ocho, uno se había hecho previamente profesional del Derecho y al menos otro había procurado adquirir una formación jurídica de base como tiempo atrás hiciera C. Sánchez Albornoz. Y también

⁴⁷ Zaragoza, 1923-1990. Poco antes de obtener la cátedra había ingresado en el citado Cuerpo Facultativo.

⁴⁸ Finalmente sucedió en Zaragoza a su maestro J. M. Lacarra (1978).

⁴⁹ 1917-1988.

⁵⁰ La otra fue asignada a Manuel Dualde Serrano, muy pronto malogrado.

⁵¹ N. 1914. En 1941 había ingresado en el Cuerpo Facultativo de Archiveros. Desempeñó luego la dirección del Archivo de la Corona de Aragón. Fue después el primer catedrático de Historia medieval de España de la nueva Universidad Autónoma de Barcelona.

⁵² 1921-1980. Había ingresado antes en el Cuerpo Jurídico del Aire.

⁵³ N. 1926. Había ingresado en el Cuerpo Facultativo de Archiveros en 1958.

⁵⁴ Caducó este planteamiento inicial a raíz de la ley de Reforma Universitaria de 1987 que suprimió para los cuerpos docentes la situación de supernumerario.

⁵⁵ N. 1921.

⁵⁶ La de Granada, mientras que ocupaba la de Salamanca quien puede considerarse «decano» de la «generación de [1966] 1968» (J. L. Martín Rodríguez).

como éste y varios de sus discípulos, tres de ellos lograron el entonces arduo ingreso en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos⁵⁷. En este centenario Cuerpo de variadas y densas erudiciones hallaron acomodo definitivo al menos otros cuatro medievalistas acreditados pronto por sus valiosas publicaciones⁵⁸. Hubo, por otra parte, quienes transitoria o permanentemente tuvieron que desviar su trayecto profesional hacia los dignos y también contados huecos de la enseñanza secundaria o bien hacia quehaceres eruditos de ámbito local. La creación del Cuerpo de Profesores Agregados iba a rescatar para la Universidad a algunos de esos excelentes investigadores cuando habían sobrepasado ya los cincuenta años de edad⁵⁹.

Y volviendo atrás con el corazón dolido todavía por la desaparición de una buena parte de aquellos sufridos compañeros, me permito añadir que, en torno a los catedráticos de aquella generación «sin fecha», que no «perdida», solapada entre las de 1940 y 1968 y con funciones de nexos, eslabón y también ilusionada catapulta, fueron abriéndose entre dificultades nuevos espacios de estudio, curiosidad intelectual, rigor científico, pluralismo, tolerancia, colaboración y leales amistades.

Admira la precocidad, el dinamismo y, me atrevo a decir, la primacía del prolífico plantel de Valladolid, luminoso revulsivo para el reconocimiento histórico de la gran Castilla bajomedieval. También descolló pronto la pujanza del Instituto de Estudios Medievales de Barcelona, con su magnífico *Anuario*, primero en su especie; y allí mismo se potenció, por otro lado, la apertura, auspiciada ya en Granada, de innovadoras, minuciosas y rentables investigaciones sobre la cultura material de tiempos medievales. Había emergido igualmente en Valencia una renovada, entusiasta y peculiar línea de medievalistas. No tardó en cristalizar asimismo en Oviedo un potente foco de investigaciones, proyectado enseguida hasta León. Y junto con el necesario y trabajoso acopio de recursos bibliográficos hasta entonces inexistentes y un programa de explotación sistemática de los ricos fondos documentales navarros, germinaba en Pamplona un modesto pero apretado grupo, ante la mirada atenta y cálida del prof. J. M. Lacarra, quien entre tanto veía ampliarse más y más el propio círculo zaragozano de sus discípulos directos. Pero no me corresponde a mí, sino a los ponentes, valorar la subsiguiente floración del medievalismo hispánico, rejuvenecido y boyante desde 1968 más o menos tanto en las añejas facultades, como pronto también en la constelación de nuevas y novísimas universidades.

5. LAS «SEMANAS DE ESTUDIOS MEDIEVALES DE ESTELLA»

El multitudinario y, por varios conceptos, inolvidable Congreso Luso-Español de Estudios Medievales, celebrado en junio de 1968 para la conmemoración del centenario decimoprimer de la repoblación de Oporto, constituyó ante todo, en mi opinión, un cordial y gratificante encuentro transgeneracional de medievalistas. En él se fraguó,

⁵⁷ F. Udina (1941), A. Ubieto (1954) y Á. Martín Duque (1958). Continuarían precisamente la tradición dos de los ponentes de esta Semana, los prof. M. Á. Ladero y B. Palacios.

⁵⁸ Francisco Sevillano Colom (n. 1909), Vicente Salavert Roca (1911-1993), Antonio Aragón Cabañas (n. 1918), Luis Sánchez Belda (n. 1920), fallecidos todos en la actualidad. Los cuatro ingresaron en el Cuerpo Facultativo con la oposición de 1944.

⁵⁹ Miguel Gual Camarena (1916-1974), en 1969, y en 1971, Santiago Sobrequés Vidal (1911-1973), Álvaro Santamaría Arande (n. 1917) y Juan Torres Fontes (n. 1919). Entre los historiadores del Derecho interesados por la época medieval, cabe recordar a Jesús Lalinde Abadía (n. 1920), catedrático desde 1966 (de Zaragoza primero y luego de Barcelona), y Gonzalo Martínez Díez (n. 1924), agregado en San Sebastián (1968) y después catedrático de Valladolid (1970).

creo, el Primer Simposio de Estudios Medievales, reunido en Madrid al año siguiente, y se sentaron las bases de la que tiempo después sería la actual Sociedad Española de Estudios Medievales⁶⁰.

Había comenzado ya, sin embargo, la primera época de las Semanas de Estudios Medievales de Estella. Se inauguró con éstas, en julio de 1963 y con notable antelación, el tipo de convocatorias anuales especializadas que han proliferado en las tres últimas décadas al ritmo marcado por el creciente despliegue del medievalismo universitario. Aquellas convocatorias estellesas continuaron sin interrupción durante los dieciséis años siguientes. Después de una pausa de dos lustros y como se ha indicado, el Gobierno de Navarra, a través del Departamento de Educación y Cultura y su Dirección General de Cultura-Institución Príncipe de Viana⁶¹, se hizo cargo directamente de la organización de las «Semanas» con un planteamiento acomodado a los grandes cambios ocurridos entre tanto en la sociedad, la cultura y las actividades científicas españolas.

Han pervivido, con todo, en esta segunda época enfoques originarios tan sustanciales como el européismo y carácter multidisciplinar de las cuestiones sometidas a análisis y debate, la variada procedencia de los participantes y el pluralismo ideológico y científico del profesorado responsable de las lecciones o ponencias. Se ha mantenido igualmente la radicación ambiental en esta acogedora ciudad que, como interpretó el gran abad cluniacense Pedro el Venerable⁶², no en vano había tomado su nombre de Stella, «estrella», a manera de astro esplendoroso de la gran arteria que desde finales del siglo XI expresaba simbólicamente y encauzaba los afanes de comunión intelectual y progreso del concierto de pueblos inmersos en la pujante unidad de civilización del Occidente cristiano. El escenario de las sesiones ha quedado además realzado en los últimos años tras la rehabilitación de este antiguo palacio de los reyes de Navarra, con ornatos iconográficos inspirados directamente por el mundo de ensueños, leyendas y mensajes recreados y proclamados por todos los senderos «protoeuropeos» de aquel tiempo.

Por otra parte, se cuenta ahora con la colaboración activa del Centro de Estudios Tierra Estella, grupo de sagaces eruditos, expertos buceadores y divulgadores de las realidades históricas de esta ciudad, sus gentes, su patrimonio cultural y su contorno geohistórico. Sigue, por lo demás, comunicando a los semanistas y ponentes un clima de cálida hospitalidad la Asociación de Amigos del Camino de Santiago de Estella. A ésta se debió precisamente que cobraran forma aquellas primeras citas para propiciar año tras año el mejor conocimiento personal, la relación más cordial y el intercambio fecundo de informaciones e ideas entre universitarios de muy diversas edades, procedencias e ideologías. Se convirtieron así Navarra y esta población en plano habitual de encuentro de las generaciones que, como se ha intentado compendiar, han venido edificando el moderno medievalismo hispánico. Incluso quiso hacerse de alguna manera presente en una de las primeras «Semanas», la de 1966, el más egregio de los maestros «pioneros», el prof. C. Sánchez Albornoz; desde su gabinete de trabajo de Buenos

⁶⁰ A partir de la reunión de La Rábida, 1982.

⁶¹ Por iniciativa del entonces consejero del Departamento de Educación y Cultura, Dr. Román Felones Morás, que había sido semanista asiduo desde sus años de estudiante de Historia en Zaragoza y que, como es de justicia reconocer durante su doble mandato de gestión política, tantas y tan fecundas iniciativas propulsó para el desarrollo de la investigación histórica y la enseñanza universitaria en Navarra.

⁶² *De miraculis*, 1,28. En viaje por España de junio-julio 1142.

Aires y en unas documentadas y enjundiosas páginas emplazó a sus amigos y colegas aquí reunidos a dar respuesta a una ingeniosa pregunta, *¿Dónde vas Alfonso VI?*⁶³.

Viví en sus entresijos la laboriosa gestación de la primera «Semana», cuyos resultados avalaron su continuidad y paradigmática solera. En aquel proceso hay que resaltar, como es justo y obligado, el amor a su tierra, la inquietud cultural, la recia personalidad, la hombría de bien y la anchura de corazón de don Francisco Beruete Calleja, secretario entonces y durante bastantes años del ayuntamiento de esta insigne ciudad. Sensible al signo de los tiempos, había captado muy tempranamente la dimensión espiritual e histórica del culto y las peregrinaciones a Santiago, valoradas en 1959 por el notable político francés Pierre Pflimlin como modelo y guía simbólica de la solidaridad y, en particular, de la futura unión de los pueblos europeos cuyos cimientos, necesariamente prosaicos, se estaban entonces asentando⁶⁴.

Para dotar de respaldo científico a la precocísima Asociación de Amigos del Camino de Santiago de Estella, que había fundado y presidió tantos años, don Francisco Beruete concibió la idea de celebrar en su ciudad un curso universitario de verano sobre las peregrinaciones jacobeanas. No encontró la respuesta que él deseaba en el Estudio General de Navarra, que justamente entonces se había convertido en Universidad con los oportunos reconocimientos canónicos y civiles. Casualmente me tocó a mí, que tiempo atrás había comprobado ya el hechizo de Estella y el dinamismo y la tenacidad de don Francisco Beruete⁶⁵, la fortuna de intervenir, como asesor o «director técnico»⁶⁶, en la búsqueda de una fórmula que no diluyera el proyecto en los abigarrados y cambiantes programas de unos meros cursos de verano, y le comunicara entidad propia y ciertas garantías de continuidad.

Entre los alegatos presentados ante la Diputación Foral de Navarra para llegar a obtener, no muy cómoda y prontamente, la necesaria asistencia económica, se resaltaba textualmente: «No existe en España ningún curso de este tipo, dedicado a [los] estudios medievales. Esto [permitiría] que Navarra, al instituirlo, se coloque... en primer lugar... y Estella llegue a adquirir el renombre que ha obtenido [la localidad italiana] de Spoleto [con sus “Settimane di Studi sull’Alto Medioevo”]»⁶⁷. Se hacía, pues, referencia expresa al modelo italiano, tan acreditado desde hacía pocos años, pero se ampliaba el arco cronológico mediante la etiqueta de «Semanas de Estudios Medievales», sin mayores concreciones. Aunque la primera edición debía versar lógicamente sobre los temas jacobeanos, se abría la posibilidad de abordar en años posteriores un inmenso abanico de cuestiones de interés para el medievalismo hispano y europeo.

Antes de formalizar dicha solicitud, se había comenzado a gestionar un tanto alegre y presurosamente la captación de ponentes prestigiosos para las fechas previstas, los días anteriores a la festividad de Santiago de 1963. Por razones obvias se debía contar ante todo con el prof. José María Lacarra, estellés insigne y gran maestro ya del me-

⁶³ *Príncipe de Viana*, 27 (1966), pp. 315-319. Se refiere a la expedición que el gran monarca castellano-leonés, *imperator, Hispaniarum rex*, proyectaba realizar en mayo de 1107 por tierras navarro-aragonesas.

⁶⁴ Cit. V. ALMAZÁN: “A temática xacobeana en lingua alemana. Un seculo de investigación”, *Seis ensaios sobre o Camino de Santiago*, Vigo, 1992, p. 38.

⁶⁵ En la jornada estellesa de clausura de los memorables Coloquios de Roncesvalles, celebrados en Pamplona durante la primera quincena de agosto de 1955. Aquella reunión excepcional de los más notables especialistas europeos en la épica románica medieval fue organizada por el prof. J. M. Lacarra que tuvo a bien encargarme funciones de secretaría, así como el cuidado de la posterior edición del oportuno volumen de actas (Zaragoza, 1956).

⁶⁶ Así consta, «director técnico», por ejemplo, en la pequeña y entrañable revista *Ruta Jacobea* (núm. 12-13, junio-julio 1964), editada durante algún tiempo por la Asociación de Amigos del Camino de Santiago de Estella.

⁶⁷ Solicitud oficial fechada el 20 de febrero de 1963.

dievalismo español. El 9 de febrero me comunicaba que estaba ultimando precisamente por aquellos días su ponencia para la cercana semana del mes de abril en Spoleto⁶⁸ y que, por lo demás, las fechas de julio las tenía ya comprometidas en los cursos de verano que dirigía en Jaca. Sin embargo, añadía: «haré por estar en Estella para el día 25 [de julio] si los proyectos siguen adelante». Al final acudió con generosidad a la cita, expuso sabiamente, como siempre, unas «Orientaciones para nuevos estudios sobre el Camino de Santiago», y presentó el primer volumen de la Colección diplomática de Irache.

Resultaba casi obligado atraer también al prof. Antonio Ubieto Arteta, catedrático entonces de la Universidad de Valencia. En su diligente respuesta, me explicaba con humor su reciente cambio de domicilio, anunciaba una de sus múltiples excursiones con alumnos por el Camino de Santiago y concluía sin ambages: «Está muy bien eso de Estella. Cuenta conmigo, aunque no sé todavía de qué puedo hablar... Ya veremos»⁶⁹. A su ponencia sobre «Una canción de gesta en el camino de los peregrinos»⁷⁰ iba a añadir un sorpresivo anticipo de su audaz teoría sobre la supuesta ubicación altoaragonesa del «campo de batalla de Roncesvalles». Entre los demás ponentes que comunicaron seriedad y empaque a aquellas memorables jornadas, muy cálidas climática, personal y científicamente, cabe recordar al Dr. Luis Vázquez de Parga y don José Guerra Campos⁷¹, los profesores Georges Gaillard, Pierre Tucoo-Chala, Federico Uдина Martorell y Eugène Goyeneche, además de don Gratiniano Nieto Gallo, entonces director general de Bellas Artes y cuyo discurso de clausura versó sobre la «Actualidad del Camino de Santiago».

Se incentivó mediante becas la asistencia de jóvenes universitarios de muy diversas regiones. El prof. Emilio Sáez Sánchez, que no pudo aceptar la invitación para participar personalmente, envió como becario a un jovencísimo discípulo y colaborador suyo, José Luis Martín Rodríguez, hoy «decano» ya de la «generación de 1968» y encargado precisamente de una de las ponencias de la presente «Semana». En el grupo zaragozano se hallaba la luego prestigiosa profesora María Luisa Ledesma, cuyos valores humanos y científicos me había brindado oportunidad de conocer a fondo una temprana amistad, prolongada hasta su dolorosa desaparición. Se hizo notar enseguida el saludable bullicio de la nutrida representación valenciana, en la que, sin embargo, no desentonaba la discreción de Amparo Cabanes, hoy día catedrática de la Universidad de Zaragoza. Entre los jóvenes navarros cabe recordar a F. Javier Zabalo Zabalegui, entonces recién licenciado en Historia, así como a M^a Carmen Asensio, eficaz colaboradora en las tareas de organización de aquella «Semana». Los entusiasmos y desvelos de don Francisco Beruete con el inteligente apoyo del malogrado don Pedro M. Gutiérrez Eraso, el amparo incondicional del Ayuntamiento de la ciudad, la simpatía del pueblo estellés, el generoso patrocinio de la Institución Príncipe de Viana y la aguda sensibilidad cultural de su entonces director don José Esteban Uranga⁷², permitieron prolongar durante más de tres lustros aquellas reconfortantes citas de medievalistas, com-

⁶⁸ El estudio publicado luego con el título «La Península Ibérica del siglo VII al X: centros y vías de irradiación de la civilización», en *XI Settimana di studio sull'alto Medioevo*, 1963, Spoleto, 1964, pp. 233-278.

⁶⁹ Carta de 14 de febrero.

⁷⁰ Se publicó enseguida con el título «Una leyenda del «Camino»». La muerte de Ramiro I de Aragón, *Príncipe de Viana*, 24 (1963), pp. 5-27.

⁷¹ A instancias de los semanistas accedió a prolongar en una segunda sesión su magistral disertación sobre las excavaciones en la catedral de Santiago, de la que era todavía canónigo, pues no fue consagrado obispo hasta junio del siguiente año.

⁷² Sucedió en 1974 por don Vicente Galbete.

plementadas pronto por las Semanas de Música Antigua. No faltaron en adelante la presencia asidua y las sugerencias de los profesores J. M. Lacarra y A. Ubieto y otros distinguidos colegas que no procede aquí enumerar. Con lecciones más o menos previstas y también mediante animadas tertulias informales se ofreció a bastantes aprendices de historiadores la oportunidad de ir conociendo de cerca tanto a figuras ya consagradas como a quienes, dentro y fuera de la península, comenzaban a lucir en aquella fase de crecimiento estelar del medievalismo hispánico. No parece oportuno glosar los programas de aquellas «Semanas» ni sus estimables aportaciones científicas, dispersas luego bastantes en la revista *Príncipe de Viana* y otras publicaciones periódicas. Sólo se llegó a imprimir un volumen con ponencias y comunicaciones de la duodécima semana (1974)⁷³. Quedó, pues, incompleta en un punto esencial la referencia al modelo espoletino que había resultado quizá decisiva para poner en marcha la primera convocatoria. Por esto en la nueva época se adquirió, entre otros, el sagrado compromiso, puntualmente cumplido hasta ahora, de editar las actas de cada «Semana» como carta obligada de presentación para la siguiente.

Entre las actuales reuniones de medievalistas, felizmente abundantes, anuales o, en todo caso, periódicas, centradas en torno a muy variados planteamientos temáticos, de diferente radio geohistórico, «internacional» en algunos casos, parece que a las «Semanas de Estella» si no una primacía científica, que se debe ganar día a día y es siempre discutible, corresponde al menos el sello de su precocidad y veteranía. Constituyen, por lo demás, un foro de proyección hispana y, por tanto, europea en torno a todos los saberes sobre los hombres y sociedades, peregrinos perpetuos del espacio y del tiempo, unos saberes que, en definitiva, compete vertebrar coherente e inteligiblemente a los historiadores y, en nuestro caso, a los medievalistas.

El crecimiento y la continuidad de estas «Semanas» han contando siempre con el apoyo y, luego, en esta nueva época, la plena e incondicional cobertura de las altas instancias de gobierno de esta comunidad histórica cuya vigorosa personalidad se fue perfilando y acrisolando, dinámicamente y sin solución de continuidad, desde las honduras del mundo medieval. Por lo demás, la actualidad de los temas de estudio, el rigor científico y la cooperación académica están plenamente garantizados por los numerosos y acreditados medievalistas de este último tercio de siglo y, también, por el espléndido plantel de los que están preludiando la primera generación del nuevo milenio. Y en el presente tracto intergeneracional puede resultar un jalón especialmente señero el arqueológico que se va a verificar estos días, con la objetividad, la cortesía y el ánimo de colaboración propios de quienes con su propio e intransferible bagaje intelectual y desde perspectivas lógicamente distintas, persiguen en definitiva con igual denuevo un avance solidario por las laberínticas y penosas pero hechizantes veredas del conocimiento histórico.

«Qué incierto el golpear de la memoria / sumando historias para hacer la Historia»⁷⁴... la Historia, esta ciencia joven, siempre lozana, que continúa y fluye sin cesar como la vida, y es y debe ser perpetuamente nueva. Aunque un día u otro lleguen a envejecer sin remedio obras maestras en su momento, pervivirá siempre el recuerdo de sus autores, el culto por aquellos historiadores que desde atalayas más o menos privilegiadas otearon, ensayaron y abrieron, cada uno a su manera, renovadas vías de disciplina intelectual, vuelo imaginativo y pensamiento creador, premisas fundamentadoras

⁷³ Pamplona, 1976.

⁷⁴ Juan VAN HALEN, *Los mapas interiores*, Madrid 1998. Poema «Todo fue escrito».

de todo progreso en ese continuo e insaciable reencuentro de los hombres consigo mismos y con su enigmática instalación en el cosmos y el curso inexorable del tiempo.

Con un sincero voto, pues, de homenaje a todos los «pioneros» y maestros de ayer, hoy y mañana, pero también, ¿por qué no?, a los recatados y eficaces peones y porteadores de un depósito científico costosa y largamente adquirido, solo me resta expresar a todos ustedes, actuales y futuros medievalistas, los más cordiales y alentadores deseos para estos días y siempre, con un entrañable testimonio de gratitud personal por la paciente atención que benévolamente acaban de regalarme.